

# EL APOCALIPSIS DE LA IGLESIA

*Cartas a la comunidad*

*Presentación del libro de Ricardo Pérez Márquez a cargo de Alberto Maggi*

Es menester admitirlo: la lectura del Libro del Apocalipsis resulta descorazonadora. Incluso aquellos que se asoman al texto armados de buenas intenciones y dotados de una aceptable cultura bíblica, se rinden antes o después, abrumados por el repertorio de imágenes, símbolos, figuras, alusiones, tan alejadas de nuestra realidad que hacen del libro del Apocalipsis una obra indescifrable, o, por lo menos, un campo exclusivo para biblistas expertos. Por esto, el último libro del Nuevo Testamento es poco leído, y en consecuencia poco conocido, excepto una mínima parte del mismo (aunque a menudo se desvirtúa su significado).

Por otra parte no resulta fácil aventurarse en las páginas del Apocalipsis, un libro que parece escrito por un visionario lunático a base de imágenes que aturden y desorientan por su complejidad. Y si se consigue superar indemnes el encuentro con “cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás”, similares a un león, un toro, un hombre y un águila en vuelo (Ap 4,6-7), nos rendimos ante un cordero que “tenía siete cuernos y siete ojos” (Ap 5,6), para desplomarnos de golpe definitivamente frente al “enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas”, un monstruo tremendo que con “su cola arrastraba desde el cielo una tercera parte de las estrellas para arrojarlas sobre la tierra” (Ap 12,3-4).

En cualquier caso, ¿quién se atreve a enfrentarse a unas langostas que “se parecen a caballos aparejados para la guerra. Sus cabellos son como de mujer y sus dientes como los de leones. Tienen corazas de hierro y sus alas hacen el mismo ruido que un ejército de carros con muchos caballos que corren al combate...”

Y no acaba aquí la cosa...

En esta terrorífica espiral de película de miedo, leemos que estas langostas “tenían colas como las de los escorpiones con aguijones”, y que “tienen el poder de dañar a los hombres por cinco meses” (Ap 9,7-10).

Pasar de la lectura de los Evangelios al Apocalipsis ciertamente no es una empresa fácil. Es demasiado grande el paso desde las páginas estupendas del amor universal de Dios, un amor que no excluye a nadie, y que incluye igualmente al enemigo, a esas otras pavorosas del Apocalipsis, en las que se habla de seres que tienen el mandato de “quitar la paz de la tierra y hacer que los hombres se mataran unos a otros...” (Ap 6,4). No resulta muy estimulante tampoco toparse cara a cara con la Muerte y los Infiernos que tienen el poder de “exterminar con la espada, con el hambre, con la peste e con las fieras de la tierra”, a pesar de que el autor, para que nos sirva de consuelo, nos informa de que este desastre golpeará solamente a “un cuarto de la tierra...” (Ap 6,8). No es, desde luego, un libro aconsejable para personas deprimidas, pues podría conducirlos a un abismo de desesperación, como los hombres del Apocalipsis que “buscarán la muerte, pero no la hallarán; desearán morir, pero la muerte huirá de ellos” (Ap 9,6).

Por todo esto, la desazón que provocaban estas imágenes tremendistas llevó a considerar el Libro del Apocalipsis como la profecía del fin del mundo, que tendrá lugar cuando el primer ángel tocará la trompeta y entonces he aquí que “cayó sobre la tierra granizo y fuego mezclado con sangre. La tercera parte de la tierra quedó abrasada...” (Ap 8,7). ¿Cómo no sentirse aterrorizados ante el anuncio de lo que va a suceder: “¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra tan pronto como suenen las trompetas que los tres ángeles van a tocar!” (Ap 8,13), y cerrar de una vez por todas este libro tan atroz?

Nos sentimos en deuda, por consiguiente, con Ricardo, que ha decidido especializarse en un texto tan arduo como éste, y a cuyo estudio ha dedicado los últimos veinticinco años de su vida... todos para el Libro del Apocalipsis. Una dedicación y un esfuerzo fuera de lo normal, que han producido en verdad mucho fruto: devolver el Libro a sus destinatarios, los creyentes, eliminando todo lo que ha desvirtuado este texto y lo ha alejado de la lectura de los fieles, privándoles así de un alimento de gran valor.

Gracias a los estudios e investigación de fray Ricardo, recopilados en su tesis Doctoral presentada en la Pontificia Facultad Teológica Gregoriana, venimos a saber que esta obra no solo no infunde terror, sino que conforta; no solo no produce miedo, sino que lo elimina. Las imágenes presentes en el Apocalipsis no son las de un visionario, son antes bien una verdad que se dona para el crecimiento de todos los creyentes. No son la amenaza del fin del mundo, sino el ánimo y el coraje para vivir en éste.

El estudio de Ricardo Pérez nos hace descubrir que determinadas imágenes aparentemente terroríficas, en realidad únicamente pretenden ser una figura del poder deshumano que produce solo sufrimiento y muerte, y que el lenguaje del autor es el utilizado por los profetas que no se expresan con conceptos, sino con imágenes.

El Apocalipsis, como el término griego indica, no es el anuncio de un desastre, sino la “revelación” de aquello que permanece aún oculto, a fin de infundir ánimo en las comunidades cristianas, reforzarlas, y darles motivaciones válidas para que resistan tanto a las dificultades y persecuciones que comportaba vivir en un mundo hostil, como a la tentación de ceder a las seducciones que desde siempre acechan a la Iglesia: la tentación del poder, del prestigio y de la riqueza.

La lectura del texto hace descubrir con gozo la asombrosa actualidad de este mensaje, después de haber transcurrido ya dos milenios.

Las iglesias a las que se dirige Juan, de hecho, son un nítido espejo de las diferentes modalidades de ser iglesia que existen hoy. Así, descubrimos una iglesia de la ortodoxia, en la que todas las energías se emplean para defender la verdad, aun a costa del amor; la iglesia de los movimientos, donde cada grupo pretende ser la forma más verdadera de comunidad cristiana y cree poseer él mismo la exclusiva del mensaje de Jesús; la iglesia apoyada en su riqueza, tan complacida del propio poder como incapaz de anunciar el mensaje genuino de Jesús....

¿Será casualidad que la única de estas siete iglesias que ha sobrevivido a lo largo de los siglos, manteniéndose firme en medio de todas las vicisitudes de la historia haya sido la iglesia de Esmirna, aquella que acogió la bienaventuranza de la pobreza?

Todas las otras fueron borradas de la historia.

La iglesia de Esmirna, que al igual que el hombre sabio de la parábola, supo poner su fundamento en la roca de la palabra de Jesús, aun resiste en pie: “cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y se abatieron sobre esa casa, pero la casa no se vino abajo porque estaba construida sobre la roca” (Mt 7,25).